

«Obreros españoles! Que este toque de atención sea el último y decisivo para la movilización general, con más razón después de lo acaecido últimamente en Manzanares, donde se han efectuado más de sesenta detenciones entre los mismos atropellados a los que se pretende hacer responsables de los sucesos y a los cuales se procura hallar a los delincuentes para fabricar los procesados.»

«Que esta vez sea llegada la hora de quemar el último cartucho de esta campaña justiciera!»

Como preludio a los actos que el próximo día 15 se efectuarán en toda España, celebró el pasado domingo un mitin en Barcelona, organizado por la Federación del Ramo de Construcción, para protestar contra la carestía de las subsistencias, para exigir una amplia amnistía que devuelva la libertad a todos los presos político-sociales, como así también obtener una solución al problema de la falta de trabajo.

Ante la numerosa concurrencia hablaron los compañeros Serra, Jordán, Andreu, Buenacasa y Seguí.

A la salida se recaudaron 4520 pesetas, la mitad para la viuda del infortunado Blade, y la otra mitad para los gastos de la campaña.

Al entrar este número en máquina recibimos el siguiente telefonema de Logroño:

«TIERRA Y LIBERTAD. Mitin pro presos Cenicero concurridísimo, aplaudimientos con entusiasmo enérgicas manifestaciones oradores Tomás Herrero y Emiliano Iglesias, de Barcelona; Galo Diez, de Vitoria, y Pedro Cabo, de Bilbao.»

COMITÉ. Adelante, obreros españoles! Actividad y energía!

### DEL EGOISMO

Para tratar con alguna profundidad sobre el tema Egoísmo conviene desde luego desear por incompleta y unilateral la definición que ofrecen los diccionarios.

Ateniéndonos a su etimología, dicha palabra determina «la satisfacción moral y material que resulta de la realización de nuestros actos, independientemente del daño o beneficio que puedan ocasionar al prójimo.»

Tal es, a nuestro juicio, el significado lógico y racional del vocablo que sirve de epígrafe a estas líneas.

Sentada esta concepción, el egoísmo aparece como transformado, rehabilitado, revestido de carácter más humano, en suma, responde mejor a la realidad de los hechos.

No precisa extraordinaria sagacidad para descubrir en cuantas acciones realiza el individuo—incluso las que obstentan el pomposo calificativo de abnegadas o altruistas—una sensación de placer, una íntima satisfacción personal; son, por tanto, de naturaleza egoísta, lo cual nos conduce a proclamar dicho sentimiento «principio motor de toda actividad.»

La natural tendencia del ser humano a desarrollar sus facultades físicas intelectivas y morales, implica una reacción sostenida, una lucha constante contra el ambiente en que se desenvuelve, exacerbada en las sociedades actuales, por el absurdo sistema de organización que las preside, el cual, basado en el funesto principio de propiedad, crea entre los componentes de aquellas el antagonismo de intereses, causa eficiente de los atentados a la vida y a la libertad del prójimo que se cometen metódicamente, sin interrupción, en el seno de la colectividad y que, hábilmente combinado con la inconsciencia y el fanatismo de las masas, es capaz de producir hecatombes como la que hoy ensangrienta el suelo de Europa.

Así la lucha por la vida, que entre egoístas inteligentes consistiría en vencer los obstáculos naturales que dificultan el pleno disfrute de la misma, es, en nuestros días, origen de discordia y libérrica pro excelencia.

Observando al hombre en las primeras fases de su existencia antes que la educación le introduzca en el mundo, se ve en la práctica de la hipocresía, es decir, cuando su espíritu se halla ausente de necios convencionalismos sociales, vese resplandecer en él, con la fuerza de la ingenuidad, la potencia generatriz que anima sus deseos, se percibe, obvio, el impulso inicial de las acciones humanas.

Cuando cada una de las unidades que integran el conjunto social posea conciencia exacta de su valor, el egoísmo resurgirá triunfante de la abyección en que le hundieron miles de generaciones alucinadas por espejismos religiosos: es el vínculo que ha de unir a los hombres del porvenir en estrecha solidaridad de intereses.

Uno de los rasgos característicos de la sociedad actual estriba en el desconocimiento del verdadero interés colec-

tivo, consecuencia natural de la ignorancia por parte del individuo, de las más elementales nociones de sano egoísmo. Esta negligencia, este abandono de las cuestiones que nos atañen, permite el parajoso estado de cosas presente en el fabuloso mundo insensato que en su delirio de grandezas se forja el puñado de oligarcas melagómanos que dirige con inaudito cinismo los destinos de la humanidad.

Nuestro desinterés suicida es el punto de arranque de las calamidades que afligen a la raza humana; sin él, se establecería entre los individuos un equilibrio benéfico; cada uno de ellos constituiría una potencia y una voluntad autónomas, ligadas a las demás por libre consentimiento en un impulso de egoísmo consciente que comprende y respeta el ajeno porque de él espera reciprocidad.

Hemos visto que el egoísmo es inherente a la vida misma, principio de toda actividad, causa primera de nuestros actos, en suma, base fundamental del complicado dinamismo humano.

La educación o mejor dicho el adiestramiento a que está sometido el individuo desde la infancia, sólo consigue desviarle de su cauce natural, convierte en nocivo para la sociedad un sentimiento genuino, esencialmente humano, único sobre el cual podrá cimentarse sólidamente una organización social armónica y libre.

La hora que señalará el renacimiento del egoísmo sobre la paz de la tierra, marcará simultáneamente el derrumbe estrepitoso de todos los privilegios.

### RAZONES Y PALOS

Nueva «Orden de Predicadores»

No es esta sección, como alguien podría creer, un lugar donde solamente se den «palos», damos «razones» al mismo tiempo, que algunas veces quisiéramos dar sin palo alguno, aunque ello es difícilísimo. Cabe, no obstante, aquí, razones escuetas, como también palos secos y hasta el etólogo, naturalmente, acompañado de razones.

Nosotros bien quisiéramos alabar algunas iniciativas de hombres y de colectividades tendientes a extirpar las malas costumbres y la ignorancia de los pueblos fomentando al mismo tiempo la cultura necesaria para ello. Pero no es culpa nuestra si vemos casi siempre en tan loables propósitos errores de bulto y contradicciones lamentables que anulan toda posibilidad de éxito cuando no contribuyen a «vivir aun más los males que se pretende combatir y extirpar.»

Y uno de estos casos es la campaña antitabacaria que ya mucho tiempo comenzada por Eugenio Noel y secundada por buena parte de la prensa.

Nosotros creemos que no es fundado pensar que iniciativas como *El Financiero* y *El Chispero*, donde no se habla más que de toros y de toreros, como a de combatir tan pernicioso adicción y procurarse una mayor cultura en el pueblo. Nosotros creemos que no es publicando artículos combatiendo al torero como única causa de la inmundicia española, es afirmar enteras dedicadas a la *fiesta nacional* y a sus coetáneos *artistas* como se contribuye a la «redención de España.»

No es llamando continuamente al pueblo español ignorante, salvaje y bárbaro y al torero como único responsable de los males que le afligen, como se le llama «culto», «civilizado» y «artista». Esto resulta una paradoja y más en los presentes momentos que, ante la barbarie europea, los artistas españoles triunfan en el mundo en todas las manifestaciones del arte y hasta en ciencias.

No es haciendo comparaciones odiosas del pueblo español con otros pueblos más cultos, como se hará ahora positiva de educación cultural. Pues así, presentar como causa única de nuestro atraso el bárbaro espectáculo del torero, es afirmar que los factores del *adelanto* y de la *cultura* que debemos imitar de las naciones civilizadas son el no menos bárbaro y más inhumano «torero» y el degenerador «alcoholismo.»

Hay dos Españas como hay dos Francias, dos Alemaniás, dos naciones dentro de una misma nación en todos los países del mundo. El problema cultural no es una cuestión española; es una cuestión mundial.

No sabemos si tendrá éxito la nueva iniciativa de Eugenio Noel de fundar una «Orden de Predicadores laicos» para dar «algo práctico» en el problema de la cultura española, según leemos en el periódico *Aparte*, de Alicante y si, una vez en funciones esta «Orden», se rectificarán los errores y se impondrán las medidas adecuadas que anulan toda obra emprendida.

Si así se hace, si se va derecho a las causas del mal que igualmente afecta a todos los pueblos, si se huye de patriotismos antipatriotas que nada tienen que ver con la obra cultural y si con la cultura, como se pretende en esta iniciativa, se suma, esta «Orden de Predicadores laicos» predica con el ejemplo, tendrán en nosotros quien los aplauda de la misma manera que de nosotros obtendrán las más acerbadas censuras si su labor es negativa por imperdonables errores.

¡Aun hay «clases»!

Las neutrales autoridades españolas han comenzado ya a poner en práctica aquella infamia pedida por algunos Gobiernos beligerantes, de perseguir y entregar a sus Gobiernos respectivos a los desertores, es

decir, a los hombres dignos que no quieren ser asesinos ni asesinados y que han huido horrorizados de la matanza inconfundiblemente criminal, «denada y sostenida por el capricho, el orgullo y la ambición de las testas coronadas y demás poderosos de Europa.»

Pero el Conde de Boman ha hallado la manera para que bien al san y lina, como que sus colegas los gobernantes de otras naciones, con sus *tocayos* de clase social privilegiada refugiados aquí, sin duda creyendo sería sensible que éstos, teniendo *algo más que perder*, perderían la vida en guerra europea, donde precisamente se disputan intereses *capitalistas*, de la misma manera que en Marruecos.

Y esta fórmula *neutral* se ha hallado declarando «apaches» a los refugiados extranjeros que no tienen otra cosa que perder que la vida.

Pero he aquí que de esto resulta una paradoja sangrienta: «No son los «apaches» unos hombres que roban y asesinan sin ir a la guerra? Pues entonces nos parece que aquí los únicos «apaches» son los que se enriquecen con la guerra sin ir a ella...»

### ERROR DE TRASCENDENCIA

Reiteradas veces hemos leído en nuestra prensa que ciertos alcaldes, al pedirles permiso para celebrar reuniones públicas, han negado obstinadamente.

Para efectuar una asamblea pública cualquiera, mitin o conferencia, no es preciso pedir permiso a nadie, sino que basta un oficio al gobernador o al alcalde, donde no haya gobernador, comunicándole simplemente el sitio, día, hora y objeto de la reunión. Esto y nada más que esto es lo que la legislación española determina.

«Pedir permiso, cuando es suficiente *poner en conocimiento* al jefe superior por anticipado a las autoridades unas atribuciones que la misma ley no les concede. Por eso abusan y atropellan en muchos casos, porque por nuestra parte se hacen las cosas mal desde el comienzo, porque se les pide un permiso que nunca se les debió pedir. Obrando de manera tan errónea y tan de sobre su misa, no es muy chocante que algunos monterillas, de suyo autoritarios y brutos, lleguen a extralimitarse.»

En pura lógica y con la ley en la mano, ningún gobernador municipal puede prohibir previamente, ni siquiera dificultar, la celebración de ninguna reunión pública. Debe limitarse a darse por enterado del acto a celebrar, en comunicación escrita, puesto que escrita fue también aquella en que se le dio conocimiento.

Más todavía; en las sociedades constituidas legalmente, es posible, en acuerdo con la ley, realizar cuantas reuniones se quiera, sin que se deba participar a nadie. Confiamos que los «pañeros» tendrán presente todo esto, y se esforzará para crear un ambiente más despojado y estricto que el impuesto por los códigos mismos.

El otro día leímos que se había «pedido permiso» al gobernador para efectuar la gira campestre en la Pointe de Tarbes, y esto ya nos pareció el colmo.

Acción de los «brazos caídos»

Como resultado de la gran victoria de la táctica socialista empleada en la pasada huelga ferroviaria y que ha probado la perfecta inutilidad y nocividad del triste método célebre Instituto de Pasteles Sociales, y que sólo sirvió para dársela con queso a los confitados huelguistas, la Compañía, decimos, con sus represalias, creyó dar la puntilla final al Sindicato obrero, al cual se debía reconocer, y a este no quiero y a aquel tampoco, empecé a hacer un nuevo periódico, para dar salida a las denuncias y las traiciones del rey, y en los talleres ferroviarios de San Andrés.

Más todavía: ante nuestros revolucionarios, hay quien espera y desea una derrota de las armas italianas, porque esto empujaría a la revuelta las masas populares, desilusionadas y arrepiñadas ante el inmenso sacrificio de sangre y riquezas, inútilmente cumplido.

Y la única razón que induce a Malatesta el deseo de que sobreviniera una desgracia por el imperio teutónico, era la esperanza de que los súbditos de Guillermo, mordidos por el más atroce de los desengaños, gritaran: «¡El traidor!», y volvieran las argas contra aquellos que le arrastran a la carnicería.

Concluyendo: la agrupación corporativa, aun cuando fuera una necesidad para alcanzar algún fin, no puede ser el único instrumento de revolución social; porque por sí propia naturaleza y por el modo con que está obligada a desenvolver su acción, debilita, antes que robustece, la capacidad revolucionaria de la masa.

### LA BARBARIE EUROPEA

Hemos entrado en el tercer año de guerra. Su fin no se vislumbra por parte alguna. Las profecías a plazo fijo han quedado incumplidas, no parece sino que ambos bandos beligerantes no sienten la fatiga ni el horror de tan sangrienta tarea.

La situación general, como consecuencia de tan brutal hecatombe, es peor de día en día y al amparo de tan críticas circunstancias los «Polichinelas» y «Pantallones» que merodean por todas las naciones, comercian y se enriquecen aumentando con el sangre de los pueblos. Esta táctica de vívidos por quienes y para quienes se ha hecho la guerra son los que al fin de cuentas saldrán beneficiados de ella.

La brutal contienda lleva inmoladas en aras del bárbaro e insaciable Moloch más de diez y seis millones de víctimas. Cifra que no sabemos hasta donde alcanzará, puesto que tampoco sabemos cuando, esto terminará.

Estas diez y seis millones de bajas representan diez y seis millones de hombres arrancados a la humana acti-

vidad en todas sus múltiples y variadas manifestaciones. Pero, lo que verdaderamente asombra, es que ninguno de ellos sabe por qué luchan; les dijeron que luchaban por la patria y ahí los tenemos enzarzados en tan singular y brutal contienda que no sabemos cuando cesará.

Indigna pensar que esto haya podido ocurrir en pleno siglo veinte, en este siglo en que parecía que la naturaleza no tenía secretos para el hombre, en que el progreso en su incesante caminar nos había llevado a términos casi inverosímiles por su asombro y maravilla. En cambio, en sensibilidad estamos al mismo nivel de nuestros antepasados ancestrales.

Si la maldita guerra se prolonga por tiempo indefinido, no van a quedar de la humana especie más que los ancianos, las mujeres y los niños. Seres incapaces para proseguir la obra del progreso.

A los de esta y como terrible corolario dejará tras de sí una inmensa estela de odios que hará imposible la paz y tranquilidad entre los humanos por espacio de muchos años.

Estos serán los frutos morbosos de la guerra, que con su maldad ha engendrado tanta degeneración moral y tanta ruina, si antes una profunda revolución no acaba con tales morbosidades, dando principio a una nueva era...

### AL SEÑOR

Señor: estos siervos tuyos han perdido el juicio. El antiguo temor y el antiguo respeto que te tenían, ha desaparecido. Antes iban en rebaño a tus talleres, a tus fábricas y a tus trabajos con los ojos bajos, el semblante macilento y la barba pegada al esternón, sumisos como corderos. Antes iban tras de ti como perros obediendo tu voz como un designio sobrehumano, como una ley o una fuerza incontestable.

«¿Has visto, Señor?... ¿Qué inversión, qué transgresión de los preceptos y de las leyes sociales humanas y divinas? ¿Has visto, Señor? ¿Has visto cómo se te declaran en huelga; cómo te insultan y te imponen condiciones? ¿Has visto, Señor? ¡Oh, Señor! Estamos asistiendo a la primera parte del Apocalipsis. No queremos dar crédito a nuestros ojos. No queremos creer que sea verdad esto de la «huelga de los brazos caídos.» ¿Has visto, Señor, que refinamiento de desobediencia y de insulto?... Ir al trabajo y ponerse cada uno en su puesto, cruzarse de brazos y no hacer nada. Esto es una temeridad, Señor. Este desacato raya en demencia. Esto es como el reto que lanzara un gnomo a un dios. Esto es como un desafío que un ratón le propusiera a un león. Esto es como la disputa de un borrocho con la luna; como un niño que quisiera quitar a pedradas el sol de su carrera.»

Y es que, Señor, el mando se va subvertiendo. Esos borrochos, que antes llevaban los cuernos como un adorno risible, se han dado cuenta de que esas astas pueden servirles a ellos lo mismo que al toro y te las quieren meter a ti por la barriga. Y me temo que lo harán, Señor...

Pues dicen que no tienes derecho a ser superior a ellos; que todos debemos ser iguales; que lo que tú tienes se lo has robado a los que no tienen nada; que tú debes trabajar también; que tú eres un Zángano; que con la grasa de tu buche se van a dar un día un banquete... y dicen, Señor,—pero esto en tu cabeza,—que la burguesía no tiene derecho a vivir; que el hombre no puede ser libre mientras los tiranos vivan; que es preciso ir a la revolución universal y asaltar los palacios y quemar las puertas de los poderosos y quemarlos a ellos dentro. Que es preciso que los hombres nos tratemos como «ti» y que nadie se descubra delante de otro; que no hay leyes, ni jueces, ni autoridad... Y no sé cuantas cosas más, Señor. Esto es para volverse loco. Me dá el corazón que aquí va a pasar algo gordo. Me temo que algo de eso pasará algún día. La otra noche soñé que iba por la calle una gran manifestación de burgueses, de reyes, de curas y de príncipes sin cabeza. Iba todo el cuerpo, Señor; todo el cuerpo menos la cabeza. La cabeza se la habían cortado, Señor.

Dios nos coja confesados, Señor... DIEGO RAMÓN

Luego, considerando a las familias compuestas, como término medio, de cuatro individuos, y que en cada una de ellas haya una persona capacitada para defender sus intereses con las armas en la mano, si llegare el caso, los propietarios, los dueños de todas las riquezas, de las naturales y de las artificiales, podrían formar un ejército de *seleto mil combatientes*, los cuales se puden poner de parte de los beligerantes que les ofrezcan mayores ventajas, a cambio de tenerse que romper la crisis contra los otros.

Y de los desheredados, conforme al mismo considerando, se puede formar otro ejército de *cuatro millones noventa y treinta mil revolucionarios*, que concluyeran con un orden social que permite el pleno derecho de la propiedad privada, con el Estado, brazo de hierro que somete forzosamente a la obediencia de un régimen que no sería posible aceptarlo de buen grado, y con la religión, auxiliar del Estado y defensor del último derecho de la propiedad

«Pero acaso es cierto que las naciones se preocupan más del pan que de la libertad, el honor y la independencia? ¿Nada cuesta a los pueblos el título de dignidad? Ante tales problemas, se descubre más tarde el socialismo de la reacción.»

Ya desde ahora, la burguesía empieza, como suele decirse, a extender los manos para no caer. Por boca de Asquith, el gobierno inglés luce saber que está estudiando algunas reformas «para una más equitativa distribución de los frutos de la industria, entre las varias clases de la población.»

Y en ocasión del anunciado movimiento entre los ferroviarios norteamericanos, hemos oído decir cosas peregrinas; hemos leído en los periódicos conservadores la proposición de nacionalizar los ferrocarriles; hemos oído a Wilson declarar «que el mundo está en el momento de una gran revolución social, y que el mundo debe ser gobernado por los laudos arbitrales de Wilson; el Glottismo; y la «política de compensaciones», en Italia; el sindicalismo católico, y el neo-sindicalismo nacionalista, en muchas partes de Europa, han verdaderamente durar, que la fuerza y la capacidad revolucionarias encuentran asilo en el seno de las organizaciones económicas.

Los más ardientes sostenedores de la «Cuadruple Entente» y por tanto los enemigos más acérrimos del imperio teutónico, han sido los conservadores, y en ninguno de ellos, al menos, ha habido un momento de duda, algo han aprendido de Alemania y se han convertido en discípulos de la escuela de enseñanza para el futuro. Ellos reconocen que la obediencia rígida y la ciega de las clases trabajadoras alemanas hacia sus gobernantes y hacia sus burgueses, «tiene de las muchas reformas que les han sido concedidas y del mejor trato que se les gozan en comparación con otros países, donde el industrialismo está más o menos desarrollado.»

«La vasta legislación del imperio se ha inspirado en el lema histórico de Bismarck: «El Estado más fuerte, es aquel que da más.»

Los periódicos más conservadores adornan sus artículos de propaganda bélica, con frases como esta: «La guerra, ha puesto en valor, las grandes energías y la generosa abnegación de las clases obreras, que ninguna potencia adelantada de Europa ha conocido jamás. El primer y el más urgente deber del gobierno, después de la guerra, será reparar la poca atención con que en el pasado ha tratado los intereses obreros, con una más extensa y equitativa legislación social.»

En una palabra: el actual momento histórico en Europa está caracterizado por un más grande interés de las clases dirigidas, hacia los problemas obreros; y todo hace prever que los gobiernos, en nombre y por cuenta de los capitalistas, no desearán que se destruya el sistema de las organizaciones obreras, echando el movimiento de clase en los tortuosos callejones de la reforma y la colaboración.

Concluyendo: la agrupación corporativa, aun cuando fuera una necesidad para alcanzar algún fin, no puede ser el único instrumento de revolución social; porque por sí propia naturaleza y por el modo con que está obligada a desenvolver su acción, debilita, antes que robustece, la capacidad revolucionaria de la masa.

PREX LANCER (De Cronaca Soversiva)

múltiples y urgentes problemas, que las organizaciones políticas y económicas, hoy desbaratadas, desmoralizadas, faltas de cohesión en sí mismas, no podrán y no sabrán resolver.

Y al resolver la multitud anónima, herida por el desengaño, empujada por la desesperación, oponiendo a males extremos, remedios extremos.

Pero aun hay más: todavía queda por ver si preocupan más del pan que de la libertad, el honor y la independencia? ¿Nada cuesta a los pueblos el título de dignidad? Ante tales problemas, se descubre más tarde el socialismo de la reacción.»

Ya desde ahora, la burguesía empieza, como suele decirse, a extender los manos para no caer. Por boca de Asquith, el gobierno inglés luce saber que está estudiando algunas reformas «para una más equitativa distribución de los frutos de la industria, entre las varias clases de la población.»

Y en ocasión del anunciado movimiento entre los ferroviarios norteamericanos, hemos oído decir cosas peregrinas; hemos leído en los periódicos conservadores la proposición de nacionalizar los ferrocarriles; hemos oído a Wilson declarar «que el mundo está en el momento de una gran revolución social, y que el mundo debe ser gobernado por los laudos arbitrales de Wilson; el Glottismo; y la «política de compensaciones», en Italia; el sindicalismo católico, y el neo-sindicalismo nacionalista, en muchas partes de Europa, han verdaderamente durar, que la fuerza y la capacidad revolucionarias encuentran asilo en el seno de las organizaciones económicas.

Los más ardientes sostenedores de la «Cuadruple Entente» y por tanto los enemigos más acérrimos del imperio teutónico, han sido los conservadores, y en ninguno de ellos, al menos, ha habido un momento de duda, algo han aprendido de Alemania y se han convertido en discípulos de la escuela de enseñanza para el futuro. Ellos reconocen que la obediencia rígida y la ciega de las clases trabajadoras alemanas hacia sus gobernantes y hacia sus burgueses, «tiene de las muchas reformas que les han sido concedidas y del mejor trato que se les gozan en comparación con otros países, donde el industrialismo está más o menos desarrollado.»

«La vasta legislación del imperio se ha inspirado en el lema histórico de Bismarck: «El Estado más fuerte, es aquel que da más.»

Los periódicos más conservadores adornan sus artículos de propaganda bélica, con frases como esta: «La guerra, ha puesto en valor, las grandes energías y la generosa abnegación de las clases obreras, que ninguna potencia adelantada de Europa ha conocido jamás. El primer y el más urgente deber del gobierno, después de la guerra, será reparar la poca atención con que en el pasado ha tratado los intereses obreros, con una más extensa y equitativa legislación social.»

En una palabra: el actual momento histórico en Europa está caracterizado por un más grande interés de las clases dirigidas, hacia los problemas obreros; y todo hace prever que los gobiernos, en nombre y por cuenta de los capitalistas, no desearán que se destruya el sistema de las organizaciones obreras, echando el movimiento de clase en los tortuosos callejones de la reforma y la colaboración.

Concluyendo: la agrupación corporativa, aun cuando fuera una necesidad para alcanzar algún fin, no puede ser el único instrumento de revolución social; porque por sí propia naturaleza y por el modo con que está obligada a desenvolver su acción, debilita, antes que robustece, la capacidad revolucionaria de la masa.

PREX LANCER (De Cronaca Soversiva)

«Pero acaso es cierto que las naciones se preocupan más del pan que de la libertad, el honor y la independencia? ¿Nada cuesta a los pueblos el título de dignidad? Ante tales problemas, se descubre más tarde el socialismo de la reacción.»

Ya desde ahora, la burguesía empieza, como suele decirse, a extender los manos para no caer. Por boca de Asquith, el gobierno inglés luce saber que está estudiando algunas reformas «para una más equitativa distribución de los frutos de la industria, entre las varias clases de la población.»

Y en ocasión del anunciado movimiento entre los ferroviarios norteamericanos, hemos oído decir cosas peregrinas; hemos leído en los periódicos conservadores la proposición de nacionalizar los ferrocarriles; hemos oído a Wilson declarar «que el mundo está en el momento de una gran revolución social, y que el mundo debe ser gobernado por los laudos arbitrales de Wilson; el Glottismo; y la «política de compensaciones», en Italia; el sindicalismo católico, y el neo-sindicalismo nacionalista, en muchas partes de Europa, han verdaderamente durar, que la fuerza y la capacidad revolucionarias encuentran asilo en el seno de las organizaciones económicas.

Los más ardientes sostenedores de la «Cuadruple Entente» y por tanto los enemigos más acérrimos del imperio teutónico, han sido los conservadores, y en ninguno de ellos, al menos, ha habido un momento de duda, algo han aprendido de Alemania y se han convertido en discípulos de la escuela de enseñanza para el futuro. Ellos reconocen que la obediencia rígida y la ciega de las clases trabajadoras alemanas hacia sus gobernantes y hacia sus burgueses, «tiene de las muchas reformas que les han sido concedidas y del mejor trato que se les gozan en comparación con otros países, donde el industrialismo está más o menos desarrollado.»

«La vasta legislación del imperio se ha inspirado en el lema histórico de Bismarck: «El Estado más fuerte, es aquel que da más.»

Los periódicos más conservadores adornan sus artículos de propaganda bélica, con frases como esta: «La guerra, ha puesto en valor, las grandes energías y la generosa abnegación de las clases obreras, que ninguna potencia adelantada de Europa ha conocido jamás. El primer y el más urgente deber del gobierno, después de la guerra, será reparar la poca atención con que en el pasado ha tratado los intereses obreros, con una más extensa y equitativa legislación social.»

En una palabra: el actual momento histórico en Europa está caracterizado por un más grande interés de las clases dirigidas, hacia los problemas obreros; y todo hace prever que los gobiernos, en nombre y por cuenta de los capitalistas, no desearán que se destruya el sistema de las organizaciones obreras, echando el movimiento de clase en los tortuosos callejones de la reforma y la colaboración.

ciudad, con su entenebrecida teología enemiga de todo progreso científico y por lo tanto, de la verdad y de la libertad.

Lo que decimos de España es aplicable a las demás nacionalidades de Europa, del mundo En todas partes el mismo régimen, la misma usurpación, en la misma proporción los usurpadores y los robados.

En todas partes el mismo brazo de hierro, el «Estado, llámese como se llame, monárquico o republicano, soñando con la esclavitud a millones de descontentos.

En todas partes los mismos cuentos religiosos con idénticos propósitos, aunque, aparentemente, entre la diversidad de religiones parezca haber entre ellas alguna discrepancia, considerada como medio necesario para sostenerse cada una en su lugar, pero cuyos fines, lo repetimos, son idénticos.

«¿La guerra, no proletariado mundial. ¿La revolución, sí? ¿Desheredados de la Tierra; con la que proclamando y consolidando la anárquica igualdad económica, llegue a ser inalterable entre los humanos la paz, la verdadera paz.»

JOSÉ SANCHEZ ROSA

### ¡A LA GUERRA, NO! ¡A LA REVOLUCIÓN, SÍ!

Si los prohombres de los partidos políticos tratan de lanzar a España a esa horrible hecatombe europea, de sujeta a sus designios.

«La guerra nada tiene el obrero que defender en ella, que le interesa, pues no siendo propietario ni comerciante, solo se expone a perder sus brazos, sus piernas o sus ojos a los golpes de metralla, para convertirse luego, durante una dolorosa existencia, en vergonzante limosnero, si es que los golpes de metralla no le han quitado por completo la vida...»

«La vida! No debe el explotado proletario sacrificar la única propiedad que tiene, donada por la Naturaleza, en beneficio de los grandes despotas, propietarios y negociantes, cuya ambición desmedida le ciega, no reparando en la ruina mundial ni en el sacrificio de millones de seres humanos.

«¿La guerra no es el interés vuestros, pues otros son los intereses vuestros. ¿La guerra, no la que van ellos y dejen en paz a los proletarios, que se deben preparar para hacer la liquidación de la actual sociedad, la revolución social igualitaria.»

En España, según estadísticas recientes y autorizadas, el promedio de los contribuyentes es de un diez y nueve por mil, es decir, que de cada mil habitantes hay diez y nueve propietarios e industriales, que como tales pagan contribución, y noventa y siete mil millones de habitantes aproximadamente, resulta que conforme a la proporción de contribuyentes, hay diez y nueve millones de contribuyentes, hay diez y nueve personas a quienes no les pertenece (legalmente considerado) el arreglo a las leyes y costumbres actuales) ni el suelo ni las riquezas del subsuelo, ni el dinero ni las industrias, y cuando nada de eso se tiene, no puede concebirse que tengan patria, porque todos los derechos que les quedan están reducidos a trabajar como bestias, si encuentran donde trabajar para mal comer, o el de dejarse morir de hambre si no encuentran quien les compre sus servicios, y doscientos mil habitantes, que son los dueños del suelo, del subsuelo, de todas las industrias, en fin, de todas las riquezas, y éstos sí que pueden decir que tienen patria, porque son los dueños de toda la nación y de todos sus productos.

Luego, considerando a las familias compuestas, como término medio, de cuatro individuos, y que en cada una de ellas haya una persona capacitada para defender sus intereses con las armas en la mano, si llegare el caso, los propietarios, los dueños de todas las riquezas, de las naturales y de las artificiales, podrían formar un ejército de *seleto mil combatientes*, los cuales se puden poner de parte de los beligerantes que les ofrezcan mayores ventajas, a cambio de tenerse que romper la crisis contra los otros.

Y de los desheredados, conforme al mismo considerando, se puede formar otro ejército de *cuatro millones noventa y treinta mil revolucionarios*, que concluyeran con un orden social que permite el pleno derecho de la propiedad privada, con el Estado, brazo de hierro que somete forzosamente a la obediencia de un régimen que no sería posible aceptarlo de buen grado, y con la religión, auxiliar del Estado y defensor del último derecho de la propiedad

«Pero acaso es cierto que las naciones se preocupan más del pan que de la libertad, el honor y la independencia? ¿Nada cuesta a los pueblos el título de dignidad? Ante tales problemas, se descubre más tarde el socialismo de la reacción.»

Ya desde ahora, la burguesía empieza, como suele decirse, a extender los manos para no caer. Por boca de Asquith, el gobierno inglés luce saber que está estudiando algunas reformas «para una más equitativa distribución de los frutos de la industria, entre las varias clases de la población.»

Y en ocasión del anunciado movimiento entre los ferroviarios norteamericanos, hemos oído decir cosas peregrinas; hemos leído en los periódicos conservadores la proposición de nacionalizar los ferrocarriles; hemos oído a Wilson declarar «que el mundo está en el momento de una gran revolución social, y que el mundo debe ser gobernado por los laudos arbitrales de Wilson; el Glottismo; y la «política de compensaciones», en Italia; el sindicalismo católico, y el neo-sindicalismo nacionalista, en muchas partes de Europa, han verdaderamente durar, que la fuerza y la capacidad revolucionarias encuentran asilo en el seno de las organizaciones económicas.

Los más ardientes sostenedores de la «Cuadruple Entente» y por tanto los enemigos más acérrimos del imperio teutónico, han sido los conservadores, y en ninguno de ellos, al menos, ha habido un momento de duda, algo han aprendido de Alemania y se han convertido en discípulos de la escuela de enseñanza para el futuro. Ellos reconocen que la obediencia rígida y la ciega de las clases trabajadoras alemanas hacia sus gobernantes y hacia sus burgueses, «tiene de las muchas reformas que les han sido concedidas y del mejor trato que se les gozan en comparación con otros países, donde el industrialismo está más o menos desarrollado.»

«La vasta legislación del imperio se ha inspirado en el lema histórico de Bismarck: «El Estado más fuerte, es aquel que da más.»

ciudad, con su entenebrecida teología enemiga de todo progreso científico y por lo tanto, de la verdad y de la libertad.

Lo que decimos de España es aplicable a las demás nacionalidades de Europa, del mundo En todas partes el mismo régimen, la misma usurpación, en la misma proporción los usurpadores y los robados.

En todas partes el mismo brazo de hierro, el «Estado, llámese como se llame, monárquico o republicano, soñando con la esclavitud a millones de descontentos.

En todas partes los mismos